

JUGANDO CON FUEGO

ARIEL DORFMAN

-Los Stones formaban parte de mi historia personal, del itinerario de mis preferencias estéticas-

EXACTAMENTE un año, día a día, después de la muerte de John Lennon, asistí a un concierto de los *Rolling Stones*, el último suyo en su gira por los EE.UU. Mi hijo mayor, de

casi 15 años, me convenció de que le acompañara.

Había tenido dudas en aceptar esa invitación. No era que la música me fuera indiferente. Por el contrario, los *Stones* formaban parte de mi historia personal, del itinerario de mis preferencias estéticas. Al son de sus canciones desbocadas y equívocas habíamos aprendido a desafiar y enamorar la existencia, a cometer pequeños sacrilegios y a soñar más grandes insubordinaciones, habíamos explorado los límites de la insolencia y las extensiones de la sensualidad.

Tampoco se trataba de que, con el tiempo, los *Stones* hubieran dejado de gustarme. El problema —si así se puede llamar— era que yo ya no estaba sólo en mi entusiasmo. Para la

múltiple generación de mis descendientes, esos mismos cantantes volvían a encarnar un ritmo reconocible. Yo me alegraba de que así fuera, porque a diferencia de mis padres, podía yo compartir con mis crios cierta sensibilidad y atmósfera, era posible construir puentes comunicativos. Pero tal cercanía con los jóvenes no resultaba un asunto tan sencillo.

Un año antes, el asesinato de John Lennon me había puesto frente a frente con mi propia mortalidad. A medida que los años pasan, uno se acostumbra a que ciertas figuras públicas desaparezcan con inevitable regularidad. Pero suelen ser nombres venerables, septuagenarios distantes que ocupan hace décadas la familiaridad de un horizonte que retrocede. Los coetáneos, en cambio, parecen gozar de las mismas ilusiones de eternidad que nosotros. Y Lennon no era un coetáneo cualquiera. Había simbolizado para mi generación una desfachatada zona de nuestra rebelión y nuestra ternura. A cada vuelta de la esquina de la lucha por la liberación del sexo y por el cese de las guerras, en cada alegre ventanal de la vida y

detrás de cada cuestionamiento de los prejuicios, nos había acompañado como un siamés, madurándonos, viviéndonos a fondo las incertidumbres de la época. La bala que le había atravesado el organismo terminó atravesando también mis ideales, haciéndome despertar al hecho de que el futuro de amor y de paz que yo había minuciosamente pronosticado, y preparado, que habíamos vociferado con melodías de los *Beatles*, que ese futuro era hoy, que ahora mismo estábamos habitándolo, y que simplemente no había llegado. En su lugar —era mi temor— caía un cadáver en las calles de Nueva York.

Pensé, entonces, que los *Stones* podían confirmarme, endurecerme en mi edad. Mal que mal, casi todos los asistentes que se derreterían en el delirio a mi lado, no habían sido engendrados en los momentos en que yo compraba el primer disco de ese conjunto. Me acordé de *La Muerte en Venecia*, la novelita de Tomás Mann que muchos conocerán por su versión cinematográfica (con Dirk Bogarde), en que el protagonista ya maduro ve a un hombre de su misma edad dis-



JUGANDO CON FUEGO

frazado de joven, pintarrajeado como un clown para escamontear el paso de los años, y su asco ante ese personaje no le impide, unas semanas más tarde, maquillarse de la idéntica manera para simular una juventud que no tiene. Que no se me entienda mal. A mí me encanta la edad que tengo. Me costó mucho —en años, en sufrimiento, en exaltaciones— llegar hasta ella, y me siento cómodo con lo que he aprendido, con lo que puedo modificar y decir y amparar ahora. Así que vivir camuflado, jugando a la juventud eterna o a la adolescencia extraviada, no me atrae en lo más mínimo. Pero tampoco podía ir al concierto para analizar, para sentarme o tomar notas, para ser un lejano y ecuaníme espectador. Era necesario participar, fundirme con los calcetines asistentes, beberme esa experiencia a fondo. Había que dejarse llevar.

Tenía miedo de dejarme llevar. Y también miedo, es la verdad, simplemente de escuchar aquellas remotas canciones que no habían envejecido como mi cabeza sí lo había hecho. Tenía miedo de recordar, y de no poder recordar, un cuerpo mío que alguna vez había sido tan nuevo y reciente como las canciones.

No debería haberme preocupado tanto.

La marejada que se llama Mick Jagger ignoró mis conflictos interiores. El tiene mi edad, está a punto de cumplir los 40, y no considera que sea un problema sentirse infinitamente joven.

Con una energía de evangelista, chorró felicidad por el escenario. Un exhibicionista sin dudas de conciencia, danzó y cantó con sus famosos labios apocalípticos y gruesos la electricidad que le había recibido antes por intermedio de un disco. Pero ningún disco me había predispuerto para el huracán desnudo que embistió nuestras existencias por el espacio perpetuo de tres horas.

Era un animal. A ratos un primate andrógino, de vez en cuando un felino embriagado, un trota-caballos, un pájaro que se montó en una jaula por encima de la multitud, dejaba que la furia del universo lo poseyera direc-

tamente, sin intermediarios. En otro siglo, habría sido un oráculo, un bufón, un místico, un brujo. Ahora sus torpezas y convulsiones, su comunicación con leyes secretas y salvajes lo habían convertido en un millonario. Pero me daba lo mismo que fuera un paquete comercial, que un cuidadoso marketing de la Prensa, de la industria disquera, hasta de una marca de perfume que auspiciaba la gira, nos hubiera acondicionado para este evento, que nos estuvieran —como siempre— manipulando. Porque la alegría de Jagger, su lealtad a las corazonadas de los tambores, no eran fraudulentas. Era un animal iconoclasta, insolente, deslenguado y sacándonos la lengua. Pero era también una bestia dulce, nostálgica, y la agresividad estaba bajo control.

Time is on our side, decía una de las baladas suyas que yo había murmurado fervorosamente, esperando que fuera cierto, que el tiempo realmente estuviera de parte nuestra, que fuera un aliado y no un enemigo. *Time is on our side*, volvió a cantar Mick 15 años más tarde. No había nada de grotesco o patético, nada del personaje de Tomás Mann en esos infantilismos desbordando la pasión de un hombre mayor. Se metía los dedos en la boca para chuparse los besos antes de enviárselos a sus fans, les tiraba baldes de agua como un payaso inverosímil, se sacudía como un muñeco de trapo. Ahí, concentrando la luz, estaba el niño loco e irreverente que todos todavía somos, del que mis hijos estaban más próximos que yo, pero que cualquiera puede seguir descubriendo en algo más que sus sueños. La diferencia era que él había apostado — y por ahora ganaba la apuesta — de que podía seguir siéndolo para siempre. Al cabo de aquellas tres horas frenéticas, yo me sentí, es cierto, cansado. Aplaudiendo, coreando, riéndome como si viera un cachorro recién amanecido estirando las patas en un bosque, de pie todo el tiempo. Cansado, Jagger, en cambio, que se había dado vueltas de carnero, había encendido los aires con gritos de júbilo, corriendo, cabriolando, parecía estar tan fresco como había llegado.

Aquella suspensión de la muerte, su momentánea, falaz y convincente derrota, se me confirmó en la última canción. Era, como yo se lo había augurado a mi propio hijo, *I Can't Get No Satisfaction*, en que la cólera por la situación frustrante en que se nos fuerza a crecer, se cruza y mezcla con la lujuria de una jungla que lo expresa y desmiente. En el momento

mismo de la despedida, cuando miles de personas repetían las estrofas y las luces enloquecieron, desde arriba del estadio techado se soltaron centenares de globos multicolores.

Los *Rolling Stones* se fueron en medio de una fiesta de cumpleaños gigante, con una muchedumbre de globos cariñosos pasando de mano en mano, la gente jugueteando como si tuvieran tres, cuatro, cinco años de edad, devueltos a la ingenuidad en que podemos gozar de las cosas sin preguntarnos su causa o —lo que puede ser más catártico— sus consecuencias.

No diré que ese final de fiesta apoteósico, los globos uniendo a cada átomo humano disperso como la música había unificado a los cuerpos, me consoló por la muerte de Lennon, por mi propia ineludible muerte que me vigila adentro y afuera. No diré que me respondió ni una de las preguntas que me escinden.

Pero por un instante quedó paralizado el tiempo indetenible que para él, y para mí, y hasta para los niños que nacen en este mismo instante, anda y anda. Nos habíamos permitido el alivio y la serenidad de conciliar —y era el mensaje profundo de Jagger, era el ímán de su atracción— una sexualidad sin tapujos con la inocencia más lozana, nos había permitido absolver el hemisferio oscuro de nuestra ambigüedad. Sintiendo a mi alrededor a millares de jóvenes que bailaban sudorosos y felices y arrebatados por las palabras que había respirado un hombre de mi precisa edad, quise creer que el tiempo no existe, quise estar devuelto a un pasado en que yo no sabía lo que ahora yo sé.

Es una ilusión peligrosa. Vivirla durante unas horas tal vez no haga mal. Vivirla durante toda una vida, es una aventura que no le recomendaría a nadie.

Quizás era, como sugerían los promotores, la última gira, la última oportunidad. Quizá Jagger no iba a poder continuar con ese salto inmortal ni un año más.

Mientras salía de la colosal sala de conciertos me pregunté si se repetiría alguna vez esta experiencia. ¿Los *Stones* serían capaces de tocar así a los 50, a los 60, cuando fueran abuelos?

¿Podría acaso venir yo acá con mis nietos?

En veinte años más, les contaré.

PERO la complejidad de la vida, su pasión por las casualidades irónicas, no iba a dejar esta crónica sin una post-data.

Al otro día del concierto, por una coincidencia de esas que gustan a los buenos novelitas y a los malos historiadores, visitó Washington Bianca Jagger, la ex mujer de Mick. Venía para recordar a los habitantes de la capital de los EE.UU. que hay seres

humanos en este mundo —y son la mayoría— para quienes el tiempo y la eternidad se divisan desde otra dimensión.

Bianca es nicaragüense, y ferozmente leal a sus orígenes. Yo sé poco de estos asuntos, la verdad, pero me

han informado de que es muy famosa, de que era una de las modelos mejor pagadas del mundo, de que salió desde adentro de una torta de cumpleaños en una fiesta, montada en un caballo blanco. El prototipo, decían, del *Jet-set*. Nadie lo diría, viéndola ahora. Se dedica a la causa de la paz en Centroamérica.

Yo la había conocido hará cosa de dos meses atrás, cuando estaba de paso por Washington para convencer al Congreso norteamericano y otras instituciones para que presionaran a fin de que los refugiados salvadoreños que sobreviven por millares adentro de la frontera con Honduras no fueran trasladados hacia el interior. Estaba preocupada, con razón, de que este mudanza, contra la voluntad de quienes habían huido de la represión en su propia patria, crearía una zona mayor de intervención de tropas salvadoreñas en territorio extranjero y que significaría, a corto plazo, una ampliación internacional de la guerra.

Ahora estaba de retorno. Esta vez con una historia diferente, dramática. Había visitado los campos de refugiados el 16 de noviembre, con periodistas franceses, un ayudante de un congresista norteamericano y personas vinculadas a los centros de socorro. Allí vio —y fotografió— el secuestro de un grupo de refugiados, incluyendo mujeres embarazadas y niños. Hombres de civil, con fusiles M16 al hombro se los llevaban de vuelta a El Salvador, con la evidente complicidad de los militares hondureños. Atados por los pulgares, con las manos detrás de las espaldas, iban camino de una muerte segura; unos días más tarde, una semana después, serían descubiertos en alguna zanja, serían la prueba de que el Gobierno de Duarte está ganando su lucha contra la guerrilla.

La intervención de Bianca y de sus acompañantes evitó que eso ocurriera. Los secuestradores, al sentirse identificados, tuvieron que entregar sus rehenes.

Pero la próxima vez, pregunta Bianca. ¿Cuándo no estemos? ¿ahora mismo que no estamos para protegerlos?

Nos estaba diciendo, el día después del concierto de su ex marido, que para algunos seres humanos el tiempo está lejos de ser un aliado, el tiempo está lejos de ser un enigma que no se detiene.

Para algunos, para demasiados, la muerte no es un asunto de hijos y nietos, la muerte no es un asunto de vejez. ■ A.D.

«Los refugiados salvadoreños sobreviven por millares dentro de las fronteras de Honduras. Bianca Jagger temía que hombres de El Salvador se los llevaran de vuelta, con la complicidad de los militares hondureños.»

